

ALGUNOS ASPECTOS DE LA ECONOMÍA LATINOAMERICANA ACTUAL Y DE SU CONTEXTO INTERNACIONAL

José Gabriel Palma

Universidad de Cambridge y Universidad de Santiago de Chile

Correo electrónico: jgp5@cam.ac.uk

En América Latina, pocas veces en la historia hemos tenido una desaceleración económica tan anunciada¹. Por ejemplo, cuando tantos se deslumbraban con el crecimiento brasileiro del 2010 (7.5%), la poca sustentabilidad de ese crecimiento era evidente².

Como se sabe, cuando los mercados financieros internacionales se tranquilizaron con América Latina en el 2003 por la sorprendente orientación neoliberal del gobierno de Lula, se dio origen a un periodo de alucinación internacional con la región, en especial Brasil – no por casualidad a este país se le otorgó la sede del mundial de fútbol y las olimpiadas. Tanto así, que a pocos les importaba que la performance de la región desde el inicio de las reformas económicas era muy pobre (en un curso que di en Cambridge en 2011 sobre Brasil, en un programa para ejecutivos de multinacionales, el CEO de una de ellas escribió como comentario al final del curso: “Ojalá que Palma esté equivocado; sino, la decisión que acabo de tomar de comprar una empresa brasileira a un precio muy alto va a ser la peor decisión que he tomado en mi vida”).

Esta performance negativa no sólo contrastaba con el rendimiento de las economías latinoamericanas pre-1980, en especial la brasileira y mexicana, y con el dinamismo chileno post-crisis del '82, sino también con lo que sucedía en Asia. Como se sabe, en lo fundamental, la filosofía de las reformas en América Latina consistió en “tirar la toalla” respecto de la estrategia de industrialización anterior; para la mayoría de los políticos y economistas la crisis del '82 se interpretó como prueba concluyente de que la región se había metido en un callejón sin salida.

Pero como decía Hirschman, la formulación de políticas económicas tiene una fuerte componente de inercia; por tanto, a menudo se continúan implementando aunque ya hayan pasado su fecha de vencimiento – y se transformen en contra-productivas. Esto lleva a tal frustración y desilusión con dichas políticas e instituciones que es frecuente tener un fuerte "efecto rebote". Eso fue lo que llevó a reformas económicas tan drásticas hacia fines de los '80 – y en Chile después del golpe.

Sin duda, América Latina post-1982 es un ejemplo extremo de este "efecto rebote". No hay que olvidar que el núcleo del discurso neo-liberal consistió simplemente en invertir la mayor cantidad de aspectos posibles de la estrategia de desarrollo anterior. Fue como

¹ Ver <http://ciperchile.cl/2013/03/25/la-economia-chilena-como-el-elefante-se-balancea-sobre-la-tela-de-una-arana/>.

² Ver <http://www.econ.cam.ac.uk/research/repec/cam/pdf/cwpe1248.pdf>.

multiplicar la mayor cantidad de políticas económicas posibles por menos 1. Esto explica las prioridades bastante peculiares, la rigidez, y la actitud mesiánica de las reformas – así como su pobre resultado. El entonces presidente del Banco Central brasilero dijo entonces que su tarea era deshacer cuarenta años de estupideces [besteiras]. Con esta actitud marcha atrás, las reformas económicas, casi inevitablemente, terminaron siendo un ejercicio de "destrucción poco creativa", especialmente respecto de la manufactura. Algo muy diferente a lo sucedido en Asia, donde las reformas se implementaron como un mecanismo de re-ingeniería y fortalecimiento de sus ambiciosas estrategias de industrialización.

Para nadie debería ser sorprendente, entonces, que estemos donde estamos. Y lo único cierto es que "más de lo mismo" no nos va a llevar a ninguna parte. Para bien o para mal, lo que el modelo neo-liberal pudo dar, ya lo dio. Ya producimos productos primarios a nivel mundial; ya generamos abundantes trabajos en servicios de bajo desafío tecnológico; ya tenemos un *retail* y finanzas sofisticadas; algo de lo que sobrevivió de nuestra industria es interesante; etc. Ahora hay que mostrar más de ambición – como en Asia – y dar el paso siguiente para re-industrializar el sector exportador, re-energizar el resto de la manufactura con políticas industriales efectivas y una macro pro-crecimiento, diversificar más la economía, regular de verdad las finanzas poniéndolas al servicio del sector real, transparentar las instituciones y en especial la política.

La experiencia asiática indica que para crecer en forma sostenida se necesita invertir al menos un 30% del PIB. Como en nuestra región sólo el 1% se apropia de algo parecido a eso del ingreso, financiar ese nivel de inversión debería ser perfectamente viable³

Pero ello es poco probable en economías donde lo que más interesa es la especulación financiera, y donde lo que más abunda son las fallas de mercado y los privilegios, la poca competencia, las instituciones tímidas, y una inteligencia "progresista" llena de conflictos de interés. Este contexto premia a especuladores, rentistas y *traders*, a los traficantes de influencias políticas y de información privilegiada. A su vez, castiga a la inversión real, a la diversificación productiva, a la absorción tecnológica, y a la industrialización del sector exportador. Así, pocos se van a molestar en invertir más allá de lo necesario para depredar recursos naturales en forma competitiva (lo que conlleva algunas actividades interesantes), y desarrollar no transables tecnológicamente poco demandantes.

Por ejemplo, según la revista Forbes, el PT en Brasil creaba en 2013, con su economía prácticamente empantanada, un nuevo individuo con más de 30 millones de dólares, excluyendo su residencia principal, cada 27 minutos. Es una lástima que en Brasil el encánelo de corrupción en PETROBRAS distraiga ahora tanto la atención pública del problema de fondo: el modelo económico neo-liberal ya dio todo lo que podía dar, y como un vino que ya se transforma en vinagre, ya pasó su fecha de vencimiento (y hace rato) – llegando hoy a ser un modelo político-económico ya más contaminado que la Bahía de Guanabara.

Pero como nos decía Keynes, "La gente normalmente prefiere fracasar en forma convencional que tener éxito en forma poco-convencional" ...

³ Ver <http://www.econ.cam.ac.uk/research/repec/cam/pdf/cwpe1111.pdf>.

Desde el punto de vista de nuestra macroeconomía, la depreciación de nuestras monedas respecto del dólar es de lo poco positivo que ha pasado últimamente. Monedas sobrevaloradas solo ayudan a los especuladores, rentistas y prestadores de servicios de poco interés productivo. Y el mejor momento para devaluar es cuando las economías están estancadas o en recesión, pues minimiza su efecto inflacionario – y así puede tener efectos reales. Uno de los fundamentos de la rápida recuperación en Chile después de la crisis del '82 fue una rápida devaluación real del peso.

Los economistas neo-liberales siempre hablan de la necesidad de “get the prices right”, pero parece que poco les importa que el precio más importante de la economía, el tipo de cambio, haya estado tan “wrong” por tanto tiempo, como en los últimos años en casi toda América Latina. Y ha estado tan “wrong” porque reflejaba realidades financieras artificiales y frágiles, movimientos inestables de capitales rentistas, y precios insostenibles de los commodities – y no lo que pasaba en las economías real.

En el caso brasileño, por ejemplo, entre 2007 y 2013 el déficit comercial en manufacturas creció en 70 mil millones de dólares, y a casi nadie le importaba porque era fácil de financiar con el excedente comercial en *commodities*. Lo fundamental de lo que está pasando ahora en la región es que se acabó la fiesta y llegó la cuenta. La sobrevalorización de nuestras monedas también subsidiaba una fuga masivas de capitales.

De las muchas cosas que pasan en la economía mundial, una de las más importantes para la región ha sido la desaceleración China. Cuando el nuevo Premier chino asumió en el 2013 se encontró con dos grandes desafíos: poner orden en las finanzas, y reorientar el crecimiento “hacia adentro”. Uno se debía a que el stock de crédito ya representaba casi 3 veces el PIB; lo otro, a que su economía se desaceleraba. Lo primero porque el volumen de crédito ya había saltado de US\$9 billones a US\$28 billones en tan sólo 7 años, replicando en este incremento todo el stock de crédito norteamericano. Lo más problemático era su des-regulado “shadow banking”, el cual copiaba las peores prácticas de las hipotecas-basura. Y la economía se desaceleraba porque su estrategia de crecimiento dependiente de una inversión cada vez mayor, se agotaba. El principal problema era que ambos objetivos de política – poner orden en las finanzas y reorientar el crecimiento – eran muy difíciles de reconciliar.

Para lograr ambos objetivos, China necesitaba en lo financiero un des-endeudamiento ordenado, precios que reflejaran mejor el riesgo, y agentes que pagasen los costos de sus malas decisiones – una disciplina ya olvidada en casi todos los mercados financieros. Así, por primera vez, se dejó entrar en moratoria una empresa estatal y una gran empresa constructora privada. El Banco Central también recapitalizó bancos estatales, diseñó seguros de depósito para permitir quiebras bancarias sin crear pánico, e hizo swaps de bonos municipales. Finalmente, trató de frenar el “margin lending” que impulsaba la subida meteórica de las bolsas de Shanghai y Shenzhen.

En cuanto a la desaceleración económica, China necesitaba pasar de una estrategia liderada por la inversión y su fácil financiamiento, a una con un mayor equilibrio entre el consumo y la inversión. La actual era insostenible tanto por los niveles de deuda, como porque la inversión ya llegaba al 47% del PIB (más del doble que en América Latina). Mientras tanto, el consumo de los hogares representaba apenas un tercio del PIB (la mitad que en nuestra América – donde este porcentaje es tan alto sólo por la exuberancia

de unos pocos y las deudas de muchos). Es obvio que tanto China como en nuestra región se deben re-balancear nuestros crecimientos, pero en direcciones opuestas.

Sin embargo, China cometió el error de darle demasiada prioridad a re-estimular la economía, pues la desaceleración tomaba velocidad — el año pasado el consumo de acero cayó por primera vez en 3 décadas. El problema fue subestimar el nivel de fragilidad financiera — por ejemplo, se dejó que el valor de las acciones siguieran subiendo a tasas insostenibles (150% en doce meses, lo que ayudaba a un sinnúmero de burócratas a hacerse multi-millonarios – los conflictos de interés no son sólo exclusividad de la “nueva izquierda” latinoamericana...). De pronto, y por razones circunstanciales, algunos especuladores claves decidieron tomar un respiro (y tomar sus ganancias), y el resto los siguió como manada. Su resultado fue el “3-3-3”: en 3 semanas, el índice de la bolsa perdió un 1/3, lo que redujo su capitalización en 3 billones de dólares. Si el gobierno no hubiese actuado con tanta energía estaríamos de vuelta a la crisis asiática del '97, pero multiplicada por 10. Pero las acciones drásticas del gobierno (en parte para resguardar el valor de los activos financieros de sus mismos burócratas) hasta ahora no han solucionado nada, solo contenido la debacle. La tarea fundamental aún está por delante; y la incompatibilidad entre los desafíos de cómo ordenar las finanzas y cómo reorientar y re-estimular la economía son cada día más grandes. ¡Pocas veces la economía mundial ha dependido tanto de cómo un pequeño número de burócratas solucionan un dilema como ese!

Pero China al menos intenta hacer algo. Los países de América Latina, mientras tanto, siguen en su inercia perenne, perdiendo una oportunidad única para reorientar su desarrollo gracias a que los precios de sus *commodities* estaban altos y abundaban las finanzas. En América Latina la gran “década perdida” no fue la de los '80, sino la del (mal llamado) superciclo de los *commodities*. Durante los años de la bonanza exportadora y financiera, en nuestra América se dio origen a un crecimiento tan mediocre como que, por el lado del gasto, cinco sextos de ese crecimiento era simple expansión del consumo y, por el del producto, dos tercios era simple expansión del empleo.

Esta bonanza permitió a un conjunto de populistas de derecha y de centro-izquierda aumentar el gasto social, para que así todo lo demás pudiese seguir igual. Como nos decía un filósofo alemán, quizás nosotros confirmamos eso de que la forma más efectiva de dominación es aquella en la cual se puede “sub-contratar” la dominación a los representantes de los dominados.

Lo que ha pasado en nuestra América, en especial donde ha dominado la “nueva izquierda”, nos recuerda también lo que dijo Freud (en otro contexto político), “en realidad, nuestros conciudadanos no han caído tan bajo como tememos, pues nunca habían subido tan alto como creíamos”.

Así se podía seguir tranquilamente con un modelo de acumulación neo-liberal que no es más que un conjunto de fallas de mercado, las cuales son un paraíso para especuladores, rentistas y *traders* (incluidos los políticos), y un purgatorio para la economía real. Parafraseando a Oscar Wilde, en un modelo así ganar plata haciendo algo socialmente útil es signo de falta de imaginación.

Y es difícil saber que se nos viene encima en nuestra América. Venezuela es un desastre absoluto, y lo más probable es que eso va a terminar muy mal. En Argentina el

kirchnerismo entrega la economía en una situación casi insostenible – y en ambos países muchos de los avances sociales logrados en el pasado ahora sólo existen en estadística alegres. México está cada día “más cerca de EEUU y más lejos de Dios”. Y en Brasil y Chile hace rato que el experimento neo-liberal de “centro-izquierda” topó fondo.

Y mientras en nuestra región el panorama es cada día aún más depresivo, en Asia, con todos sus problemas, reina un pragmatismo envidiable.

La diferencia fundamental en lo ideológico es que mientras en nuestra región los “progresistas” se tragaban eso de que las reformas neo-liberales eran una genialidad de Dumbledore (a la cual lo único que les faltaba era un toque social), en Asia su sabiduría milenaria les decía que eran obra de Voldemort...

Freud otra vez: “Siempre le damos la bienvenida a las ilusiones porque nos ayudan a sobrellevar nuestras angustias emocionales [...]. No hay que quejarse, entonces, si de vez en cuando ellas entran en colisión con algún aspecto de la realidad y se hacen añicos contra ellos”.

Y la economía mundial no ayuda. Aunque cueste creerlo, siete años después de la crisis del 2007/08 aún estamos clavados con los mismos mercados financieros internacionales, igual de des-regulados, e igual de monstruosos e insaciables – y aún más líquidos que antes (y, por tanto, aún más autodestructivos) por los efectos de la política monetaria expansiva de los países desarrollados.

Y mientras más liquidez persigue a una oferta limitada de activos financieros mínimamente sólidos, hay más “atochamiento” de demanda y suben sus precios — como en las bolsas que llegan a récords históricos. Pero como estos precios no están para nada relacionados con los fundamentos de la economía real, son vulnerables a correcciones bruscas.

Y como ahora ya no se puede esperar que China sea la misma locomotora de antes, como los sectores públicos de los países desarrollados ya gastaron toda su pólvora (sus niveles de deuda son siderales), como en la zona del Euro los problemas se pretenden solucionar sólo en forma virtual (como en Grecia), y como los problemas político-económicos internacionales se multiplican (la crisis migratoria en Europa es sólo uno de muchos) las perspectivas de la economía mundial son muy poco alentadoras.